

deseáis que se hagan, y las determinaciones que mas os acomodan; cuando los ministros obedecen temblando vuestras órdenes, y contentan el menor de vuestros caprichos! ¿Ha conspirado nadie contra sus propios esclavos? ¿La Francia está tranquila! ¿Quién lo duda? Todas las veces que una facción consigue triunfar completamente, hay calma en el Estado, porque no hay resistencias. Pero ¿qué es lo que eso prueba, sino que los principios de destrucción establecidos durante ese triunfo producen seguramente consecuencias que todavía serán mas funestas? El reo está en paz en el calabozo, mientras el patíbulo se está levantando.

Nuestro sistema nada tiene que ver con los movimientos populares de las naciones vecinas, dicen á su vez nuestros ministros, y nosotros les contestamos: Vuestro sistema es la primera causa; pues vosotros sois los que habeis dado vida á la revolucion, vosotros sois los que habeis vuelto á dar nuevo poder á las doctrinas y á los hombres que ya no lo tenían.

Por otra parte, dejando á un lado todos los servidores fieles, y haciéndolos un deber, ó considerándolo como un triunfo, el colocar los hombres de los Cien Dias, castigando los servicios con el olvido y la miseria, y recompensando los ultrajes con riquezas y honores, habeis enseñado traición á los pueblos, habeis hecho que la rebelion sea provechosa, y habeis minorado el aprecio, el respeto, la veneración y el amor que se debe profesar al gobierno del rey.

La prueba mas evidente de que el sistema ministerial es la gran causa del renacimiento de esos principios revolucionarios que amenazan á los Estados vecinos, es que la tranquilidad se restablece en el instante que se abandona ese sistema. Haced leyes monárquicas; rodeaos de hombres monárquicos; abandonad á su oscuridad á unos cuantos miserables jacobinos y rastrosos sofistas, y los obstáculos que habeis creado se desvanecerán por sí mismos y caminaréis en paz y seguridad entre las bendiciones de los pueblos.

Esto se conseguiria tanto mas fácilmente, cuanto que el partido que se tiene la debilidad de temer, parece decididamente dividido en dos facciones, esto es, la republicana y la militar, y esta última se subdivide á su vez, si hemos de creer á los generales que estan hoy escribiendo unos contra otros.

Los realistas, por el contrario, crecen todos los dias en concepto de la opinion pública, y podrian dar al gobierno un apoyo tan sólido como natural. Se pregunta en qué consiste que unos hombres que, segun dicen, quieren restablecer las instituciones del décimo siglo, predicán uniformemente doctrinas tan sabias; cómo sucede que entre los periódicos realistas no haya uno solo que se desvíe de la línea constitucional ni que revele una segunda intencion. Tanta discrecion, una conducta tan moderada, tanta paciencia en la desgracia, han producido por fin un efecto sensible. La Francia atenta empieza á escuchar á esos buenos ciudadanos, á esos leales súbditos tan cobardemente calumniados; la nacion comprende que ellos solos han visto é indicado el escollo, designándolo bajo su verdadero punto de vista. Ciertamente es que el encono republicano redobla contra ellos su encono, porque en realidad se halla persuadido de que los asuntos podran marchar bajo la direccion de aquellos, y de que si una vez les deja demostrar su capacidad política, podrá el reinado de los intrigantes, de los demócratas y de los bonapartistas darse por concluido.

¿Acudiran por fin los ministros á los realistas? ¿Se verán siempre obligados á dispensar vergonzosas consideraciones á un partido tan débil como insolente, que luego les echa en cara el no haber sabido callar sus pactos secretos? ¿Conservaran siempre amistad hacia unos hombres cuyos comités, intrigas y maquinaciones se ven luego los mismos ministros en la precision de denunciar? ¿Seguirán valiéndose de unos

hombres que nada mas pueden ofrecerles que la fuerza de la debilidad, que una obediencia repugnante, y que una de esas voluntades pasivas, vilmente prostituidas, y que se vende á todos los poderes? ¿Abandonaran por último un sistema cuya insuficiencia y peligro estan palmariamente demostrados? No hay que esperar; el amor propio irritado, difícilmente ó nunca cede. Si el ministerio llega á verse en un compromiso acudirá mas bien á un golpe de Estado. Ya se está hablando de hacer comprender á las cortes extranjeras la necesidad de ese golpe: dícese que cierto hombre de bastante poder, tiene la mision de hacer en lo exterior la apologia del ministerio y de modificar la impresion que ese golpe pueda causar en los gabinetes extranjeros.

Esa impresion podia ser grande si se atiende á lo que dice la *Correspondencia privada* en las siguientes palabras: «nosotros solos excitamos alarma en los diplomáticos extranjeros; somos el pueblo que designan á sus soberanos y refiriéndose á nosotros dirijen circulares, expresan quejas, y redactan memorias.» ¿Se acuerdan nuestros ministros de cuando se glorificaban de la aprobacion de los diplomáticos? ¿Quién era el que entonces defendia la dignidad y la independencia nacional? ¿Eran los liberales, los ministeriales ó los realistas? Abrid la *Monarquía con arreglo á la Carta*, y en el capítulo LXXXVI leeréis lo siguiente: «¿Cómo hablaremos del último apoyo que los intereses revolucionarios estan buscando? ¿Quién se habria nunca imaginado que hubiera franceses que á fin de conservar miserables empleos, á fin de hacer triunfar los intereses de la revolucion para causar la ruina de la legitimidad, llegarían al extremo de apoyarse en otras autoridades que las de la patria, y hasta amenazar á los que no piensan como ellos acerca de las fuerzas, que gracias al cielo no estan entre sus manos?... Hombres que os llamais tan altivos, tan sensibles al honor, ¿sois vosotros los que hoy tratáis de persuadirme que se os permiten tales sentimientos y que se os impone semejante opinion? ¿No os moriais de vergüenza al proclamar en las cámaras que un embajador queria absolutamente que el proyecto del ministerio se aprobara, y que la proposicion de las cámaras fuese desechada? ¿Queréis que os creamos cuando venís á decirnos (lo cual seguramente no es mas que una odiosa calumnia), que un ministro francés ha estado conferenciando por espacio de tres horas con un ministro extranjero para discutir el modo de disolver la cámara de diputados? Vosotros referís confidencialmente que se ha comunicado una orden á cierto agente diplomático, y que ha sido muy de su aprobacion. ¿Son esos asuntos de exaltacion y de triunfo para vosotros? ¿Cuál de nosotros dos será mas francés? ¿Vosotros, que al hablarme de leyes de vuestra patria intercalais el nombre de extranjeros, ó nosotros que en la cámara de los Pares hemos dicho: «Debo sin duda á la sangre francesa, que corre por mis venas, esa impaciencia que experimento al ver, que para inducirme á votar se me habla de opiniones extranjeras; si la Europa civilizada quisiera imponerme la Carta, me iria á vivir á Constantinopla...»

¿Cómo los malos franceses, que para sostener su opinion acuden á tan bajos recursos, no echan de ver que se encaminan directamente contra su objeto? Bien poco conocen el espíritu de la nacion. Si fuese cierto que habia peligro en las opiniones realistas, esa misma circunstancia seria una razon para que toda la Francia se precipitase: un francés se coloca siempre del lado del peligro, porque allí está seguro de encontrar ocasion de gloria.

¿Es decoroso para nuestros ministros el quejarse ahora de la influencia extranjera? Tengan presente que les pareció muy completa para sostener un deplorable sistema; ahora que el cuerpo diplomático, mas ilustrado en el asunto, conoce el peligro de ese siste-

ma, es cuando ponderan el *alarma de los diplomáticos!*

Los gabinetes europeos parece que han comprendido por último, la exactitud de nuestras apreciaciones: ahora triunfan á nuestra vez; pero como realistas, no sabemos desmentir nuestras palabras: no está en nuestra mano el hacernos amar de nuestros enemigos; pero nos esforzaremos en captarnos su aprecio. De la misma manera que pedimos religion, monarquía legítima, libertad constitucional, y la Carta con todas sus consecuencias, pedimos tambien la independencia de nuestro país: somos demasiado franceses para aprobar la intervencion de los extranjeros en nuestros negocios interiores, aun cuando debiera resultar en provecho de nuestros intereses personales.

Preferimos ser excluidos de todos los empleos, vernos oscurecidos, y ser blanco de la persecucion y la calumnia; á deber nuestra fortuna á influencias que dañarian á la dignidad de nuestro partido. La fortuna ó buen resultado, esperamos conseguirlo de la santidad de nuestra causa. Creemos que la Europa perecerá si no se adhiere á nuestros principios; pero no es á la Europa á quien nos dirigimos, sino á la Francia; de esta hermosa y amada Francia esperamos completa justicia. ¿Qué nos importarian los honores, las dignidades, las riquezas, ni la vida si dejáramos de ser franceses?

Paris 13 agosto 1819.

En Alemania, España é Inglaterra, han estallado turbulencias: una gran facción democrática se ha ido formando bajo diversos nombres en diversos países, y como esa facción deriva su origen de la revolucion francesa, es imposible que la política de esta nacion no sea objeto de una solicitud general. ¿Pero cómo han de conocer esa política? El sistema ministerial debe naturalmente defenderse, sea por medio de sus agentes, sea aprovechando los recursos que todo poder, por muy incapaz que se le suponga, sabe encontrar en cuestiones en que se trata de sus intereses. Vemos por la *Correspondencia privada* una muestra de la diplomacia de nuestro gabinete. En ella se calumnia todo lo mas respetable que tiene la nacion; los realistas aparecen bajo los mas odiosos colores; se procura engañar constantemente á la Europa acerca del espíritu y naturaleza de los partidos que dividen la Francia. Los ministros en sus periódicos, y hasta en la tribuna de las cámaras legislativas, se han convertido en acusadores públicos de los realistas. Largo tiempo oprimidos por la censura, no hemos podido levantar la voz en favor de nuestra causa; mas puesto que ahora podemos hablar, preciso es que nos pongamos en guardia contra las nuevas acusaciones que tal vez podrian sernos nuevamente lanzadas. Sin embargo, al tratar de ilustrar al público, tan groseramente engañado por la *Correspondencia privada*; al indicar á la Europa los errores en que en nuestro concepto ha caído; al darle á conocer mejor los realistas, declaramos no tomar á la Europa por juez: nuestro rey y nuestra patria son las únicas autoridades de que deseamos depender. Que se haya creído deber sufrir la intervencion de las potencias extranjeras en nuestro régimen interior (por los artículos mismos de un tratado); que se hayan podido solicitar ó recibir notas diplomáticas en las cuales se alabe nuestro sistema, ó se declare estar aquellos gabinetes con la marcha de nuestro gobierno, todo eso puede convenir á personas que quieren conservar sus empleos, pero no á realistas que no los tienen, ó que no quieren conservarlos á ese precio. Los realistas tienen una idea mas noble del honor francés y de la independencia de su patria. Ese lenguaje no da la victoria, pero se granjea el aprecio.

Los gobiernos de Europa no han conocido nunca

nuestra revolucion; unos la consideraron en su principio como una de las insurrecciones fáciles de reprimir por la fuerza de las armas; otros la juzgaron como un esfuerzo generoso de una nacion oprimida que se afana por recobrar su independencia. Los absurdos referidos por nuestros filósofos y revolucionarios acerca de la tiranía de los nobles y el fanatismo del clero, fueron mas ó menos creídos en el continente, y hasta en la Gran Bretaña. ¿Por qué inconcebible ignorancia se empeñó la Europa en ver las costumbres é instituciones del siglo XIII en la Francia del 1789? Tanto valdria decir que la Inglaterra es feudal, porque ningun acto legislativo ha abolido todavía sus rancias costumbres y sus antiguas leyes.

De esta rara equivocacion ocurrió que la Europa vió principiar la revolucion francesa con una especie de benevolencia, considerándola como la emancipacion legítima de un gran pueblo. La Europa creyó que no se pedia mas que la supresion de algunos privilegios que la misma nobleza y el clero se habian anticipado á abandonar, y que no se trataba mas que de algunas reformas religiosas, cuya necesidad era notoria hasta para la misma corte de Roma. Creyó que no se trataba mas que de cortar algunas ramas, y el hacha estaba ya despedazando la raíz: lo que la revolucion se proponia era nada menos que la destrucion total del cristianismo y de la monarquía.

Mezquinas envidias, rivalidades demasiado comunes entre los gabinetes, hicieron que ese primer error de apreciacion fuese mas difícil de corregir. Por otra parte no descontentaba la idea de que mutuamente se desgarrasen y debilitaran los franceses: nuestros últimos combates en el continente no habian sido afortunados, y se hacia alarde de mirar con desprecio nuestras armas, esperando que la nacion seria presa fácil en caso de que el mal fuera en aumento. A unos hombres que atacaban la sociedad con nuevas doctrinas, se oponia la antigua política. Aquellas ideas rompian á los pueblos de Europa invadiéndolos, y la Europa confundia esta corrupcion democrática con la difusion de las luces; persuadiase ademas de que la revolucion queria la libertad, siendo asi que no hacia mas que sumergirse en todos los crímenes y arrastrarse ante todos los dueños. Luego veremos si el principio de la revolucion ha sido nunca el de la libertad.

Los soberanos al ver rodar la cabeza de Luis XVI se espantaron, pero no vieron con mas claridad la cuestion. Formáronse y se disolvieron coaliciones: los pueblos en vez de presentarse unidos en el lugar del combate, se presentaron unos en pos de otros, y fueron simultáneamente vencidos. Nada se hizo en favor de la Vendée, único punto de donde podia haber venido la salvacion; sea que por una consecuencia de sus primeros errores creyese la Europa que los realistas de Francia no eran mas que un reducido cuerpo de hombres góticos sin fuerzas ni capacidad; sea porque en el fondo tuviese una secreta rivalidad de triunfos no debidos á sus armas y esperase en medio de sus derrotas conseguir resultados que le fueran benéficos. Asi se fue rodando de falta en falta hasta el fondo del abismo. Entonces la dura necesidad les obligó á solicitar la alianza de los dueños de la fortuna; prestaron soldados extranjeros á la victoria francesa y hubo un momento en que el enemigo, lanzado de puesto en puesto, no halló asilo sino bajo el amparo de nuestra gloria. Finalmente, cuando el estandarte tricolor tremoló en los muros de Sevilla y de Moscou, de Nápoles y de Berlin, de Viena y Ragusa, la Europa se despertó, y vino á buscar en Paris su libertad, su honor y sus banderas.

Asi es que el resultado de esa tan ponderada revolucion fue el traer al Louvre las naciones del Cáucaso y el entregar á los extranjeros el antiguo capitolio de los francos. A la vista de todo un pueblo que agitaba

la bandera blanca, la Europa pareció por último acordarse de los Borbones. Las tumbas de Saint-Denis recordaron á los reyes la antigua raza de donde la mayor parte de ellos procedían. La hija primogénita de la cristiandad fue vuelta á poner en su trono. La Europa juzgó con razon que la sociedad política no podía restablecerse sino en la legitimidad.

Adoptó este gran principio fundamental; pero despues de haber establecido la primera base del edificio, levantó sobre ella el andamio de sus antiguos errores.

Bajo los puntos de vista constitucionales, la Europa cometió una falta al tratar con el senado, porque este no era una autoridad legal; solo el cuerpo legislativo representaba la nacion, y aunque despojado de una parte de sus derechos, era, no obstante, el heredero directo de las antiguas asambleas legislativas de la Francia.

Todos se admiraron luego al ver con cuánto respeto hablaban los extranjeros de los hombres y de las cosas que la Francia miraba con horror ó desprecio. Fácil es, sin embargo, explicarse esta ceguera: fue una mera ilusion de amor propio.

La Francia revolucionaria solo produjo una docena de hombres superiores en las armas y en la política; los restantes fueron muy inferiores, porque no cuento con los monstruos de 1793; allí donde se ven grandes virtudes, deben suponerse grandes almas. porque la virtud es un principio elevado y sublime; pero el crimen es por sí mismo de tan baja naturaleza, que cuanto mas extraordinario es, tanto mas al alcance está de las almas comunes.

Nuestros brillantes triunfos no fueron, pues, la obra de algunos individuos, sino el resultado general de la energía de la nacion, del génio y del valor de los franceses. Los aliados no habian podido conocer esta verdad, porque la Francia se habia aislado en cierto modo de los demás pueblos, por su habitual estado de guerra, y la grandeza del campo ocultaba la pequeñez de la ciudad. Los extranjeros tomaron desde lejos por personajes á todos los hombres que figuraban en el *Monitor*, y cuando los vieron de mas cerca, hubiera sido demasiado duro reconocer la ilusion. La Europa quiso justificar á sus propios ojos sus antiguos reveses; su orgullo creó gigantes, para no confesar que no habia sido vencida sino por pigmeos.

Este orgullo, harto natural, unido á una gran generosidad y á algunas combinaciones políticas, explica el error de los aliados en 1814. Reconocieron la legitimidad, pero no destruyeron la revolucion; aparte de esto, su conducta fue admirable. El emperador Alejandro quiso ponerse á la cabeza de todas las libertades, como Bonaparte se habia hecho el jefe de todas las tiranías. Esto era marchar por otra senda al imperio del mundo: no podia emprenderse mas noble camino.

El 20 de marzo vino á castigar tanta magnanimidad, é hizo conocer á los aliados cuán grave falta habian cometido al confiar la legitimidad á la guardia de todas las ilegalidades. La jornada de Waterloo mató el despotismo militar en la persona de Bonaparte, y dejó, por desgracia, subsistir la democracia revolucionaria que este despotismo habia llamado en su auxilio.

Aquí se presenta uno de los mas extraños fenómenos de la historia. Los Cien Dias habian enseñado todo, habian descubierto el fondo de todos los corazones, habian hecho caer todas las caretas: á un lado estaban los amigos, al otro los enemigos. Ya no habia confusion ni mezcla alguna; la mano misma de la Providencia habia separado la cizaña del buen grano. Los dueños del campo segado podian escoger á su albedrío, y escogieron la cizaña.

¿Quién cerró los ojos de tantos soberanos? Puesto que los revolucionarios les entregaban por segunda

vez la Francia; puesto que debíamos ser bastante desgraciados para sufrir el yugo, y recibir condiciones, ¿cómo no pensó la Europa sino en pedirnos *garantías físicas*, cuando lo que de nosotros hubiera debido exigir, solo eran, por decirlo así, *garantías morales*? ¿Cómo los embajadores que apoyaron el encumbramiento del duque de Otranto, creyeron que este podía ser el ministro de la legitimidad? Este desorden en las ideas anunciaba los errores que debian ser su consecuencia.

La Providencia, para salvar la Francia y la Europa, operó su último milagro, haciendo salir de los colegios electorales del usurpador la cámara realista de 1815. Por primera vez, despues de treinta años de victorias y crímenes, la revolucion fue al fin atacada cuerpo á cuerpo. Oyóse hablar de religion, de moral y justicia: la cámara de 1815 queria restablecer sobre estos eternos cimientos de la sociedad la monarquía legítima y las libertades públicas. La revolucion, viéndose en peligro, llamó sus fuerzas, sedujo al ministerio y le hizo favorable á su causa; ¡todo se armó para romper el último instrumento de salvacion, y cosa eternamente deplorable! ¡la Europa monárquica aplaudió el real decreto del 5 de setiembre!

¿Pero qué revolucion se habia operado en los consejos? ¿Se habian hecho los gobiernos mas inaccesibles al contagio revolucionario? ¿No tenian ya ningun interés en la tranquilidad interior de la Francia? Hoy, sin duda, juzgan con mas acierto la medida ministerial, cuyas consecuencias no conocieron al principio, viendo tan solo un acto de firmeza, en un acto de destrucion. Desde aquel momento se reanimaron las doctrinas anti-sociales; desde aquel momento salieron los revolucionarios de sus retiros para apoderarse de los poderes; desde aquel momento, los principios monárquicos y sus defensores se vieron proscritos; desde aquel momento, las leyes democráticas han vuelto á traer al poder político y al poder militar los hombres y los sistemas que han conmovido la Europa y la Francia. Durante algun tiempo, una especie de vértigo pareció turbar la política general; no hubo bastantes ultrajes y sarcasmos contra las víctimas sacrificadas por la causa de los reyes: correspondencias privadas, notas diplomáticas y gacetas oficiales, se unian á los periódicos revolucionarios para confundir al único partido que tuvo razon en la causa de las monarquías, al único partido, que no esperando cosa alguna de los monarcas en su prosperidad, les habia permanecido fiel en su desgracia.

La constancia de los realistas venció la mayor parte de los obstáculos. Preciso es que este partido sea muy poderoso en virtudes y verdades, para haber salido de una posición que parecia dejarle sin recursos. El sistema ministerial es tan peligroso y péfido, que ha separado el nombre del rey de la causa de los realistas, habiéndose estos visto obligados á combatir, mientras se empleaba contra ellos hasta el augustó nombre que constituye su gloria y de que derivan su poder.

No bien los realistas tuvieron un conducto por donde hacerse oír, se empezó á escucharles, y se les creyó con tanta mayor facilidad, cuanto que los peligros que habian anunciado se manifestaban en todas partes. El congreso de Aquisgram mostró inquietudes. Créese generalmente que exigió de los negociadores franceses la promesa de una modificación política. Como quiera que sea, el duque de Richelieu vió frustrado el proyecto que habia formado para el reposo de la Francia. Pronto abandonó la dirección de los negocios; el sistema ministerial aumentó en violencia; los revolucionarios franceses dieron la señal á los revolucionarios de Europa, y la paz de los Estados vecinos se vió alterada.

No es de nuestra incumbencia arreglar aquí estos Estados, ni multiplicar las inconvenientes lecciones que las opiniones ministeriales y revolucionarias

atreven á dirigir todos los días á las naciones y los soberanos. Creo conocer mejor la Europa por mis relaciones, mis estudios y viajes, que esos predicadores políticos, pero sé encerrarme en el círculo de mi competencia, y no debo ocuparme de los asuntos de Europa sino en sus relaciones con mi país. He dicho que el estado de la Francia solo era conocido á la Europa por nuestros ministros; que importaba á los realistas el presentar un cuadro mas fiel, á fin de no verse expuestos otra vez á las nuevas calumnias de nuestros infatigables acusadores: esto es lo que vamos á hacer.

Tres sistemas, tres opiniones, ó tres partidos (poco importa el nombre), dividen la Francia: el sistema ministerial, el sistema realista, y el sistema revolucionario: omito las sub-divisiones del partido ministerial y del partido revolucionario. Conviene notar únicamente que si en el partido realista hay algunos matices de opinion, son tan débiles, que apenas pueden percibirse y no tienen denominacion conocida. Para comprender á fondo lo que son el partido realista y el partido revolucionario, es preciso remontarse á una época remota.

La Europa, desde el principio de nuestras desgracias, equivocada en alto grado, se imaginó que el partido de la revolucion era el partido de la libertad, y que los que se oponian á esta revolucion, eran una reducida clase de privilegiados, aliados á un régimen opresor. Despues de la restauracion, los revolucionarios no han cesado de decir que querian la libertad y que los realistas deseaban el antiguo régimen, la feudalidad ó la esclavitud. Los ministeriales, á fin de justificar su sistema ó sus injusticias, unieron sus votos á los de los revolucionarios; y la Europa, á la cual no pudo hacer ver la razon del inmortal Burke, ha dado asenso á los revolucionarios y á los ministeriales, es decir, á la democracia y á la domesticidad. Hé aquí el error.

Hé aquí ahora la verdad: no es la libertad, sino la igualdad absoluta, lo que ha sido el principio real y lo que forma aun el verdadero carácter de la revolucion francesa. Para convencerse de esta verdad, basta observar que la libertad ha sucumbido siempre en nuestras discordias, habiendo sufrido el yugo de Robespierre, del directorio y de Bonaparte, al paso que se ha mantenido constantemente la igualdad absoluta. Los revolucionarios han conservado esta igualdad, así bajo la democracia de la convencion, como bajo el despotismo del imperio. Las distinciones de Bonaparte no establecen verdaderas categorías, puesto que no fundó ni la dignidad de par, ni una nobleza con derechos políticos: subsistia siempre la igualdad, disfrazada de baron, conde ó duque.

Este principio de la igualdad absoluta existe aun, y él es el mayor obstáculo para el establecimiento del gobierno constitucional, porque la igualdad absoluta se aviene bien con el despotismo que todo lo nivela, pero no puede adaptarse á una monarquía que establece una distincion de poderes.

La libertad es el sentimiento de las almas elevadas; ella produce las grandes acciones; crea las grandes patrias, y funda las instituciones duraderas; complácese en el orden y la magestad, y es la natural aliada de todos los gobiernos, exceptuando el despotismo.

La igualdad absoluta es la pasion de las almas pequeñas; su origen es el amor propio y la envidia; produce las revoluciones mezquinas, y tiende incesantemente al desorden y al desquiciamiento.

Natural principio de la democracia y del despotismo, la igualdad absoluta es tanto mas peligrosa, cuando su espíritu domina en un pueblo, cuanto que no puede ser satisfecha sino reinando sobre sepulcros. Esto consiste en que ataca una cosa que se puede destruir, pero que no se puede vencer. Persigase cuanto se quiera la nobleza, que no por ello se impedirá que exista; se aboliran los derechos, pero no se borrarán

los nombres; para aniquilar la nobleza es preciso matar á todos los individuos nobles. La igualdad absoluta es, pues, un principio de muerte; nada puede fundar porque nada puede elevarse detrás de ella, ni aun la libertad, que es una superioridad tan positiva como la virtud.

Observad si no que las revoluciones mas sangrientas y menos duraderas, son aquellas en que ha dominado la igualdad absoluta. Roma estableció la libertad con la distincion de las clases; su revolucion no costó la vida, en el primer momento, sino á Lucrecia: seiscientos años de virtudes y el imperio del mundo, fueron el precio de esta moderacion republicana.

Sentado este principio, vamos á descubrir desde luego el verdadero espíritu del partido realista y del partido revolucionario.

Los realistas son en Francia los hombres que quieren la libertad con la igualdad ante la ley, con la igual participacion á los empleos y honores, con la facultad de llegar á todas las categorías; pero rechazan la igualdad absoluta por ser incompatible con una monarquía constitucional.

Los revolucionarios quieren la igualdad absoluta, y no tienen ningun amor sincero á la libertad.

Abrid los escritos de los revolucionarios y de los realistas, y echareis de ver estos matices de opinion, fuertemente pronunciados.

En los escritos de los revolucionarios, un odio violento al clero, á la nobleza y á toda superioridad social; hallareis el deseo terminante de la division de las propiedades, lo que conduce á la ley agraria, por la ley agraria á la democracia, y por la democracia al despotismo. Pero al mismo tiempo estos escritos solo presentan una defensa muy débil de la libertad; sus autores tienen una inclinacion natural á lisonjear el poder: unas veces, segun sus intereses del momento, predicán la tiranía ministerial; otras atacan los tribunales, piden medidas arbitrarias, invitan á proscibir una clase de hombres, y proponen liberalmente hacerla unos ilotas.

Los escritos de los realistas, espresan, por el contrario, un vivo y sincero amor á la libertad; nótese en ellos una extremada independencia de opinion y de carácter, y un franco horror á la arbitrariedad; pero tambien un odio marcado á la igualdad democrática, una decidida propension á las gerarquías sociales, sin las cuales ninguna monarquía puede existir, un sincero deseo de ver aumentarse la gran propiedad, única que funda las familias y da á la vez defensores á los reyes y á los pueblos.

Tales son realmente y en su espíritu, los dos partidos revolucionario y realista. Los mostramos bajo su verdadero aspecto y acaso este aspecto parecerá nuevo; ¡tan extraños son los errores en este punto!

Los realistas son, por consiguiente, los defensores de la libertad, sin la igualdad absoluta, al paso que los revolucionarios son los paladines de la igualdad absoluta sin la libertad.

Los realistas han sometido siempre al rey su corazón y su espada, pero nunca han abandonado á nadie sus derechos legales y su libertad adquirida; los revolucionarios aceptarían el régimen de Constantinopla, con tal que en él hubiese igualdad de esclavitud.

*Revolucion*, en los labios de los revolucionarios, no significa libertad, sino igualdad absoluta.

*Revolucion*, en los labios de los realistas, significa ausencia de libertad, igualdad absoluta, nivelacion completa ó democracia.

Los únicos hombres que quieren verdaderamente la Carta, son los realistas, porque proclama la legitimidad en el rey que ha otorgado esta Carta; porque funda la libertad con la distincion de las categorías, que son todas las cosas constantemente reconocidas por los realistas.

Los revolucionarios no quieren la Carta, porque es-

tablece una monarquía legítima, una nobleza, un poder que no es el despotismo, una libertad que no es la democracia, y una igualdad de derecho ante la ley, que no es una igualdad absoluta.

Los realistas no son, pues, los defensores de una arbitrariedad gótica; los revolucionarios no son, pues, los partidarios de una libertad constitucional.

Así se desvanecen, mediante esta explicación del espíritu del partido realista y del partido revolucionario, todas las falsas ideas que acerca de esto pudieran haberse concebido. Hablemos ahora del tercer partido, y veamos lo que es el sistema ministerial.

Este sistema tiene su lenguaje, sus pretensiones y sus acciones; no puede disparar siempre; pero cuando hace algo dictado por el buen sentido, no hace otra cosa que repetir la doctrina de los realistas, porque (observación esencial) siempre que los ministeriales y los revolucionarios quieren engañar á los demás en cuanto á sus verdaderos sentimientos, no tienen mas recurso que decir lo que nosotros hemos dicho mucho antes que ellos.

Cien veces hemos declarado que el restablecimiento del antiguo régimen era imposible; que los elementos de este régimen habían sido destruidos para siempre, que era preciso por lo tanto, seguir el movimiento político del siglo, y que la Carta daba cumplida satisfacción á todas las nuevas necesidades. Hemos hecho un millón de veces el elogio del gobierno constitucional; y si este gobierno es ahora conocido y entendido en Francia, me atrevo á decir que yo soy quien lo ha hecho popular, merced á las explicaciones que de él he dado.

Así, pues, cuando el sistema ministerial habla de constitución, ¿qué dice que yo no haya dicho? Pero los ministeriales no son otra cosa que unos estudiantes llenos de ignorancia, que repiten mal mis lecciones, porque en el fondo aman poco las instituciones libres. Educados bajo la férula del despotismo, infringen á todas horas esa Carta que no entienden, y no tienen otro objeto que conservar sus puestos, ni otro sistema que establecer la arbitrariedad. Todos esos hombres de policía y antecámara á quienes se ha entregado la Carta para que la ejecuten, hacen entre sí una especie de ensayos de ella, como unos músicos á quienes se obligara á tocar instrumentos en que no tuviesen práctica alguna; el resultado es una espantosa cacofonía.

Pero dejemos la teoría del sistema ministerial, y veamos cómo obra en la práctica. La pretensión de este sistema es no pronunciarse, ni en sentido realista ni en sentido revolucionario, observando un justo medio; vamos á juzgar si esta pretensión tiene algo de razonable.

En primer lugar; puede mantenerse el equilibrio entre dos opiniones políticas, cuando estas dos opiniones, diferentes bajo muchos puntos de vista, no atacan, sin embargo, el fondo de la cosa establecida. Pero si en una monarquía se producen dos opiniones y si una de ellas, por mas equivocada que se la suponga, es, no obstante, monárquica, en tanto que la otra es democrática ó republicana, ¿puede mantenerse en su fiel la balanza?

En segundo lugar; puede intentarse mantener el equilibrio entre las dos opiniones hostiles; pero con relación á los hechos y á los hombres, este equilibrio es imposible: la traición y la fidelidad, el vicio y la inocencia, no son materias semejantes que puedan ponerse en la balanza. ¿Cuántas virtudes se necesitan para pesar tanto como un crimen? O bien, ¿cuántos crímenes son necesarios para igualar el peso de una virtud?

Puede muy bien comprenderse en política esa fría imparcialidad que tuviese por sistema confiar los destinos públicos á hombres nuevos que no hubiesen cometido exceso alguno, que no hubiesen pertenecido á ninguna época de la revolución, que no hubiesen

cometido deslealtad alguna ni respecto de la república, ni de Bonaparte, ni del rey; que no hubiesen servido al usurpador durante los Cien Dias, ni acompañado á Gante al legítimo soberano. Pero colocar indistintamente á un realista y á un jacobino, al que ha cumplido todos sus deberes y al que á todos ha faltado; el que ha practicado el bien y al que ha practicado el mal, esto no es el equilibrio; es lisa y llanamente una monstruosidad moral, un verdadero crimen político, que tarde ó temprano acarrearía la ruina de un Estado.

Pues bien; el sistema ministerial ni siquiera ha llegado á este grado de imparcialidad, puesto que, sosteniendo que mantiene el equilibrio entre las opiniones y los hombres, se inclina enteramente hácia el lado democrático. Todas las concesiones se hacen en provecho de la revolución; todas las leyes, ó por lo menos las leyes principales, están concebidas en el sentido de la opinión democrática; los realistas son espulsados de la administración, de los tribunales y del ejército; un servicio prestado á la monarquía es una causa segura de exclusión. ¡Desgraciado aquel que dé el escándalo de la fidelidad! Cuanto mas reciente es la felonía, mas se la atiende; se la escoge fresca y nueva, para que sea viva y durable. La antigua felonía de 1793 es tan vieja, que casi es ya una fidelidad; búscase especialmente para diputados á los diputados de los Cien Dias, para jueces y prefectos á los jueces y prefectos de los Cien Dias. La oscuridad de la traición no pone al abrigo de los beneficios del ministerio; si algun escribiente de un corregimiento rural ha prestado á la usurpación un juramento ignorado, los ministros van á desenterrar este mérito oculto, á buscar la virtud anti-monárquica en el arado; la traición tiene tambien sus Cincinatos.

Para justificar este indigno proceder del sistema, dícese que es preciso atraer los enemigos de la legitimidad á la legitimidad.

Pero al emplear á estos hombres, ¿quién os obliga á espulsar los realistas? ¿La admisión de los primeros supone necesariamente la exclusión de los segundos?

En todos tiempos ha sido preciso capitular con algunos gefes de facción; en todos tiempos han sido desatendidos algunos servidores y olvidados algunos servicios. ¿Necesitábais víctimas recogidas? Podiais tomarlas; los mas fieles eran los mas resignados. ¿Pero se ha llevado en tiempo alguno el absurdo hasta el punto de alejar á todos los amigos, para rodearse únicamente de enemigos? Este espectáculo de ingratitud es para el pueblo la mas poderosa de las tentaciones, y la mas profunda de las corrupciones morales y políticas. ¿Quién prestará servicios, si nunca se recompensa? ¿Quién no querrá ser desleal, si los honores y la fortuna son el premio de la fe violada? ¿Cuánta demencia no es el confiar la monarquía á la democracia, y la paz del mundo á los que no han cesado de turbarla! El antiguo vellon de la convención nacional, marcado con el sello ministerial, no cambia por esto de valor y de naturaleza; esta pretendida moneda real conserva siempre el sello de las haces revolucionarias y del gorro encarnado.

¿Creeis ganar á los enemigos del rey, confiándoles todos los destinos? ¿No estaban colmados de favores, el 20 de marzo? ¿Y qué gratitud mostraron? Hoy estarían mucho mas dispuestos á haceros traición, porque habeis hecho de su defección una virtud patriótica. Llenos de la buena conciencia de su mala fe, marchan con la cabeza erguida y con la frente adornada con vuestras coronas. Vuestros favores solo les prueban vuestro temor ó vuestra necesidad. El desprecio que inspirais es para vosotros un asilo poco seguro; aquellos del imperio romano que en el momento de la catástrofe se ocultaban en lugares inmundos, ¿hallaban en ellos un refugio?

Ese sistema ministerial, cuyas consecuencias son

tan funestas, no tiene otro apoyo que los hombres mas medianos, y los agentes del poder que reciben de sus sueldos su conciencia y su pensamiento. Ese sistema es una máquina revolucionaria, en que se restauran los antiguos jacobinos y se fabrican otros nuevos. El tranquilizarse con la paz que reina en Francia, sería comprender muy mal las cosas. Esta paz procede, debo repetirlo otra vez, del cansancio de los pueblos; procede del completo triunfo que la facción revolucionaria ha alcanzado en medio del sistema ministerial; no hay agitaciones cuando se vence. He dicho ya que en Francia, si hubiésemos de ser bastante desgraciados para sufrir una nueva revolución, esta revolución no llegaría por el pueblo; cuando la ley electoral haya producido una cámara enteramente democrática; cuando la ley de reemplazo haya corrompido el espíritu del ejército; cuando el sistema ministerial haya espulsado á todos los oficiales realistas, una revolución podría ser la obra de una proclamación. Hé aquí lo que es preciso ver, el que es hombre de Estado: tal sería el seguro resultado del sistema ministerial, si este fuese aun de larga duración.

Tiempo es ya de que la monarquía europea piense en su salvación, puesto que no solo tiene que luchar contra la revolución francesa, reanimada por nuestro sistema ministerial, sino tambien contra el espíritu general del siglo, y contra un obstáculo nacido de un cambio ocurrido en el orden político.

Antes de la emancipación de los Estados-Unidos, no se conocían repúblicas en los tiempos modernos, sino las de Italia, Suecia y Holanda; las primeras no eran otra cosa que puntos de reunión para escursiones de placer; las segundas eran planteles de soldados y marineros. El hombre que soñaba en una constitución popular, no tenía mas recurso que acudir á la historia; desterrado en lo pasado y ciudadano de las ruinas de Roma, no alteraba la paz del mundo. Podía entusiasmarse en medio de los sepulcros, por las máximas republicanas, á semejanza de aquel ateniense que se sentaba en el teatro vacío, y aplaudía á los autores ausentes, en piezas que ya no se representaban.

Hoy tenemos á la vista una vasta república cada vez mas floreciente; su población aumenta diariamente, y avanzando ya hácia el Océano Pacífico, va á buscar la Rusia bajo los hielos del polo. Allí reina el principio de la soberanía del pueblo. ¿El espíritu democrático de Europa no se refresca en este manantial, siempre abierto? Si los reyes favorecen todavía este espíritu; si apoyan los sistemas que lo propagan, y si proscriben los principios y los hombres que lo combaten, ¿cómo conservaran sus coronas? Pasen las colonias españolas al estado republicano, y el principio monárquico en Europa habrá dejado de existir ó se verá cada vez mas combatido.

Los pueblos antiguos vivían en una especie de aislamiento reciproco; cada nación, confinada á su propio territorio, y encerrada, por decirlo así, en el círculo de sus leyes, no oía hablar de las naciones vecinas sino cuando el comercio ó la guerra llevaban á sus puertos ó á sus fronteras mercaderes ó soldados.

La cruz cambió la faz del mundo; sobre las ruinas de la antigua sociedad se estableció la gran familia cristiana, que recibió desde su nacimiento todos los gérmenes de la civilización, por la moral evangélica. En esta inmensa comunión no puede conmovirse un Estado, sin que amenace arrastrar los demás en su ruina.

El lazo paternal que unía todas las monarquías europeas era, pues, la religión. A medida que este lazo ha ido alhajándose, la sociedad ha ido desuniéndose, y cuando la revolución ha venido á estrellarse contra ella, los imperios que se derrumbaban han vuelto á entrar en el caos.

¿Se quiere reanudar este lazo saludable? ¿Veremos fundar instituciones políticas sobre bases religiosas?

¿Se restablecerá esa eterna justicia, que es por sí sola toda una constitución? El soberano que concibiese semejante proyecto, merecería las bendiciones de la tierra.

Como quiera que sea, es preciso que se conozca una postrera verdad; si la Francia ha sido el foco de las doctrinas que han turbado el orden social, la Francia, sin embargo, está mas cerca del orden y del reposo que ninguna otra nación de Europa. La enfermedad ha pasado para nosotros, pero empieza para nuestros vecinos. Al abrigo de toda empresa militar, por nuestra fuerza y nuestro valor, impondríamos todavía la ley, si se intentase imponérsela; así, pues, tranquilos en nuestra posición exterior, nuestra posición interior es tal, que si podemos perdernos fácilmente, podemos mas fácilmente todavía salvarnos. Que caiga el sistema ministerial, y con él desaparecerá un centenar de jacobinos, de pequeños funcionarios y de pequeños sofistas, únicas causas de nuestros males. Corregiránse entonces las malas leyes, y se harán otras buenas; fundaránse las instituciones aristocráticas que faltan á nuestras libertades; no se perseguirá á nadie, pero se dejará de alejar á los hombres honrados, y con la paz de la Francia renacerá la paz de Europa. ¿En qué consiste que estando el bien tan cerca del mal, no se piense en alcanzarlo? ¿Habremos merecido que Dios ejerza sobre nosotros algunos de esos consejos de justicia que se esconden á nuestra vista? La Providencia castiga á las naciones contumaces. Entonces hace imposible la cosa mas fácil; hace que la locura triunfe de la razón, y la estupidez del talento; si los inocentes perecen, por sus decretos, confundidos con los culpables, les da una recompensa en el cielo; pero las generaciones pasan y su voluntad se cumple.

Paris 31 de agosto de 1813.

Nadie se ocupa en París sino de las elecciones. Los periódicos independientes presentan sus listas de diputados; los periódicos ministeriales hacen el elogio de estos diputados designados; reina, por lo tanto, una maravillosa concordia, con la diferencia, sin embargo, de que los independientes tratan muy mal á los ministeriales, y que estos se quejan tiernamente de la crueldad de aquellos.

La fracción militar quisiera nombrar generales; la democrática quisiera elegir buenos jacobinos, y la ministerial aceptará con agradecimiento lo que estos fieros aliados tengan á bien darle.

Convento en que la situación de los realistas es cruel. Objeto de todas las calumnias, de todas las injusticias, de todas las ingratitudes, nos vemos ofrecidos en sacrificio á la revolución y somos el escarnio de la tierra. En un movimiento de despecho, harto justificado por nuestros sufrimientos, podríamos ceder á la tentación de decir: «¡Pues bien! nuestro papel ha concluido; no nos dejaremos atormentar por mas tiempo; compóngase la monarquía con sus leyes ministeriales, con sus hombres ministeriales, con sus amigos de 1793 y de los Cien Dias, como mejor pueda; nada nos importa su suerte. Contentos con cultivar en la oscuridad nuestro campo, huiremos individualmente de la catástrofe. Hemos vivido ya bajo el yugo de Bonaparte, y otro usurpador no nos tratará con mas dureza. ¿Se reniega de nosotros? Nos alejamos llorando, pero nos alejamos. Nunca admitiremos en principio el gobierno de hecho, pero nos sometemos á él. Cesaremos de inmolour nuestras familias, nuestros bienes y nuestro reposo á una fidelidad que importuna.

Un movimiento de despecho, repito, puede movernos á emplear este lenguaje; pero despues de todo, esto no puede ser sino un movimiento prontamente reprimido. ¿Cómo! ¿Cederíais al desaliento, porque no se aprecian vuestros servicios? Pero si estos sacri-